

La niña de las galaxias I

Wilson Martínez Guaca¹

Rec: 09/04/21
Acep: 20/04/21



Foto: Ken Cheung on Unplash

Allí estaba, parada entre los vehículos y la calle, con su mano levantada y sus ojos de miel llenos de lluvia; su piel intensamente blanca ahora tenía un color rojizo, por el sol recibido durante nuestros caminares de aquel día y por el torrente de su sangre que alborozada corría por sus venas y alborotaba su corazón hasta llevarlo a fuertes palpitaciones que levantaban su pecho y provocaban tenues suspiros que se confundían con la brisa fría de esa noche de octubre. Pegando mi cara contra el vidrio, como queriendo alcanzarla y traerla hasta mí, también mis ojos se cubrieron de la lluvia que cubría su alma, mientras mi mano levantada se juntaba a la de ella en un eterno hasta siempre, en una reiteración de “cargó tu corazón y tú cargas el mío”, las palabras del ritual que horas antes habíamos realizado debajo de los piñeros, los mismos que su padre cuidara años atrás y que siguen erguidos desafiando el tiempo y las circunstancias para cobijar a sus más caros quereres.

1 Comunicador Social - Periodista. Licenciado en Lingüística y Literatura. Magíster en Estudios Políticos. Candidato a Doctor en Comunicación, Universidad Nacional de La Plata - UNLP, Argentina. Investigador del grupo de investigación U-MANOS. Correo electrónico: wmartinez@unicatolica.edu.co - Orcid: <http://orcid.org/0000-0002-8017-0362>

Cuántas lágrimas, cuánto dolor, cuánto amor, aquí estoy mirando cómo lentamente los caracteres de la computadora van llenando el blanco espacio, mientras mis dedos se deslizan por el teclado, queriendo conectar los terminales de mis sentimientos con la magia de la razón que los convierte en palabras en “ne’e”, que se funden con ellas hasta alcanzar el “Ñembo’e” (hacerse palabra), queriendo palpar con ellos la suavidad de su piel y la infinita ternura de su voz, mientras mi corazón se estremece con el recuerdo de su fugaz pero eterna presencia y las cataratas de mi alma se desbordan por entre los lagos atónitos de mis ojos.

Luego de 750 años de vagar por el mundo, de ir de un lado para otro, de buscar y buscar, cuando ya había dejado de buscar, apareció aquel que tanto había buscado, el mismo que miles de años atrás compartió su vida en aquel lejano lugar del universo, pero que luego de la gran implosión se perdió en las miles de constelaciones, hasta que finalmente cayó a la tierra, lo mismo que ella, sin saber nada del ayer, perdidos entre millones de personas, solo con la seguridad de que compartían el mismo planeta.

Ahora estaban allí, ambos lo supieron cuando sus ojos se cruzaron junto a la infinidad del firmamento lleno de estrellas, galaxias y constelaciones; fueron 10 minutos, solo 10 minutos de encuentro allí en el corazón del lugar donde siglos atrás Don Bosco había ubicado la tierra prometida, corriente de leche y de miel; desde ese momento supieron que nunca más volverían a estar solos a pesar de las compañías que cada uno seguramente habría adquirido durante el largo tiempo de su separación.

“No sabía por qué vine hasta aquí, pero ahora cuándo te veo ya lo sé”..., dijo ella, mientras sus ojos se encontraron durante unos segundos

eternos, suficientes para devolverse en el tiempo y el espacio hasta detenerse en su lejano planeta, ubicado en Andrómeda, la galaxia espiral que hace parte del “grupo local”; lo supieron porque sus ojos tenían en su profundidad ese espiral que los identificaba como los seres que podían moverse desde su lugar de origen, por entre planetas, satélites, asteroides e incluso unirse al recorrido de los cometas y penetrar en las diferentes estrellas, sin sufrir deterioro alguno debido a su composición corporal ignífugo. En esos segundos eternos volvió a sus mentes su encuentro inicial a la orilla de un manantial que se eleva por el horizonte hasta confundirse con el polvo cósmico circundante y formar miles de destellos que por la magia de la luz, el agua y las partículas se convierten en multitud de luces de colores; luego de su unión corporal y espiritual siempre estuvieron juntos, compartieron todo, sus alegrías y sus tristezas, sus sueños y sus frustraciones, pero un día ocurrió lo inesperado, el Big Crunch (la gran Implosión) de su galaxia y fueron arrojados por el cosmos infinito; pero a pesar de ello permanecieron unidos, tomados de la mano, vagando entre las galaxias circundantes, que no habían sufrido la catástrofe, hasta quedar suspendidos en la “nube de Oort”, que algunos llaman nube de Öpik-Oort, donde los objetos transneptunianos lograron separarlos siendo cada uno arrojado a lejanos satélites que hacían parte de diferentes planetas de la “vía láctea”, la galaxia que los absorbió gracias a su gran fuerza gravitacional; ella revivió su intensa soledad en Ganimedes, el satélite natural más grande del planeta Júpiter, hasta donde llegó atraída por su campo magnético y donde luego de un tiempo indefinido pudo liberarse para llegar finalmente hasta la Tierra, donde logró adaptarse y confundirse con sus nativos; él por su parte revivió su angustia por la pérdida abrupta de su amada y por su inmenso dolor y zozobra sufrida, en

Oberón, el más lejano de los satélites del planeta Urano, donde debió sobrevivir entre el hielo y las rocas, hasta que finalmente logró salir y llegar hasta la Tierra, luego de gravitar alrededor del sol y finalmente ser absorbido por la energía de este planeta al que logró adaptarse y convertirse en uno más de sus millones de habitantes.

El cruce de sus miradas, durante esos eternos segundos, les dijo que su búsqueda había terminado, ahora sabían dónde estaban y nunca más volverían a separarse; esa noche compartieron en silencio la visión del universo en ese observatorio, mientras sus corazones parecían salirse por el fuerte palpitar provocado por el intempestivo encuentro.

Caminaron sin dejar de mirarse, hablando de las circunstancias de su encuentro sin mencionar su pasado, pero cada uno sabiendo en su interior quién era el otro; luego cada uno tomó su camino para regresar a su lugar de residencia, junto a los seres que los habían acogido o con quienes se habían fusionado familiarmente, sabiendo, eso sí, que muy pronto se reencontrarían.

Cali, abril de 2021